

Índice de contenido

[Portada](#)

[Entradilla](#)

[Créditos](#)

[Dedicatoria](#)

[Introducción](#)

[Nota del autor](#)

[Hace diez años](#)

[En la actualidad](#)

[Primera ronda](#)

[Segunda ronda](#)

[Tercera ronda](#)

[La última ronda](#)

[El ciclo de la muerte](#)

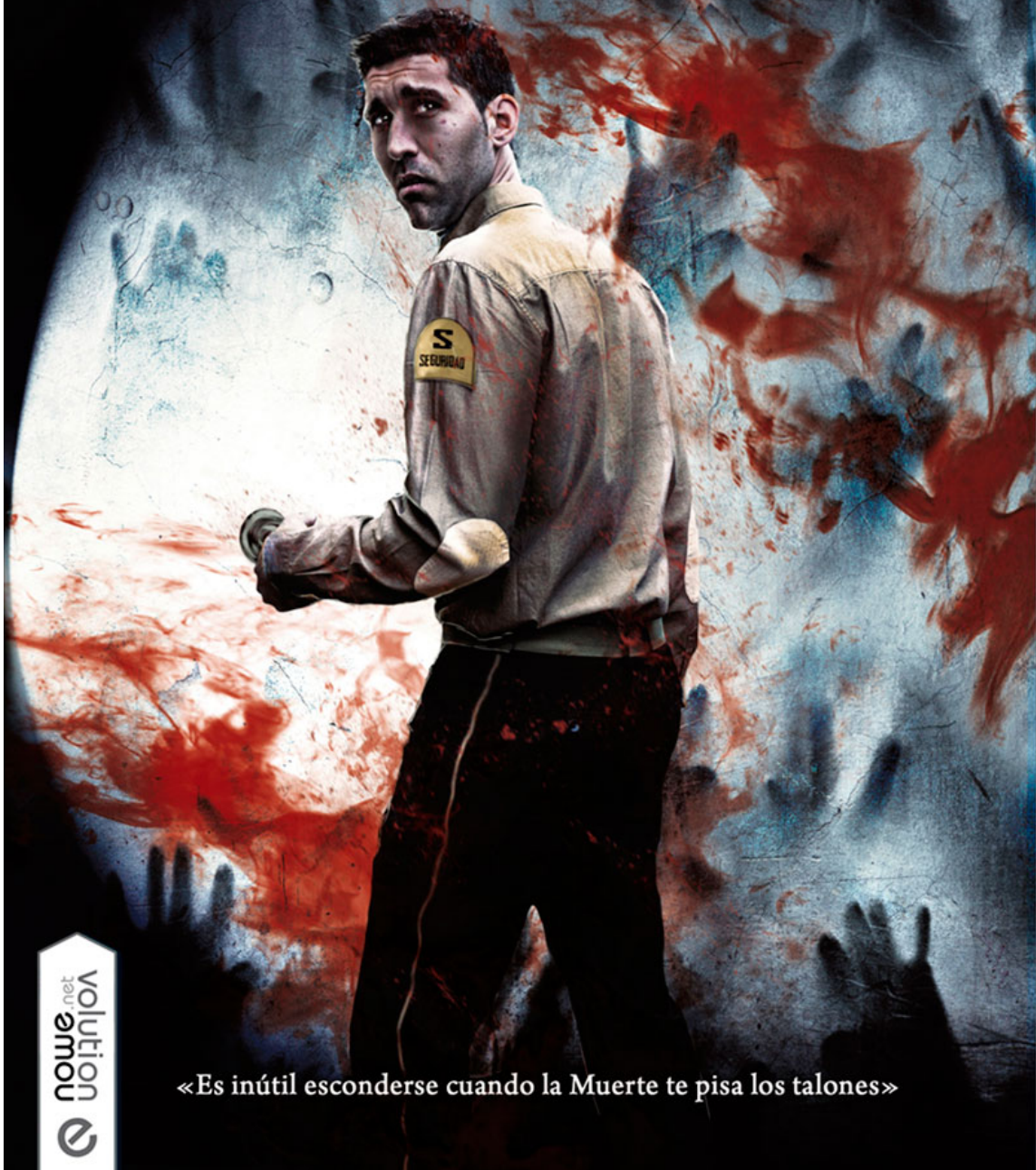
[Diez años después](#)

[Agradecimientos](#)

[Más Nowe](#)

ANTONIO S. VÁZQUEZ

LA ÚLTIMA RONDA



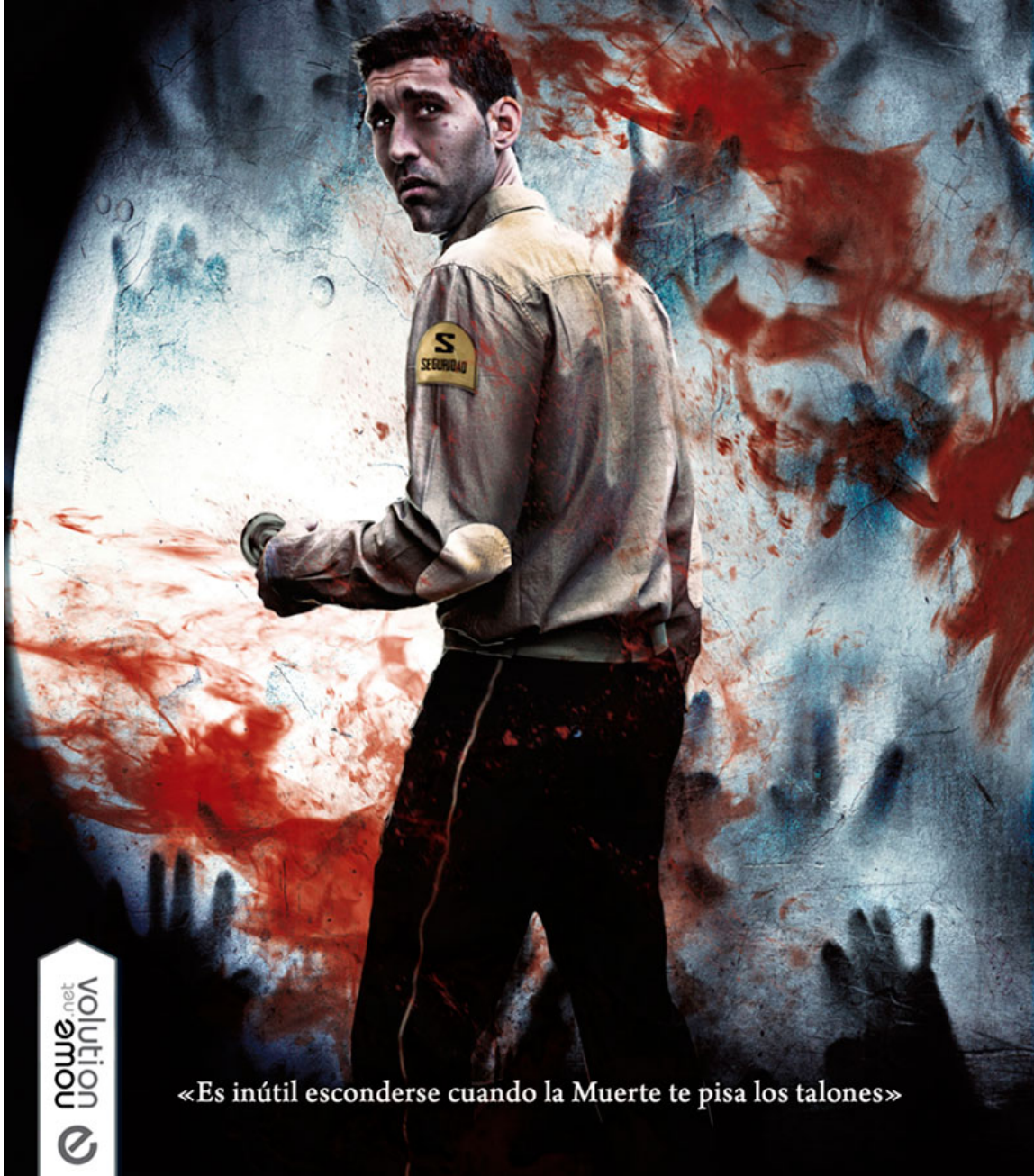
volucion
net
emou



«Es inútil esconderse cuando la Muerte te pisa los talones»

ANTONIO S. VÁZQUEZ

LA ÚLTIMA RONDA

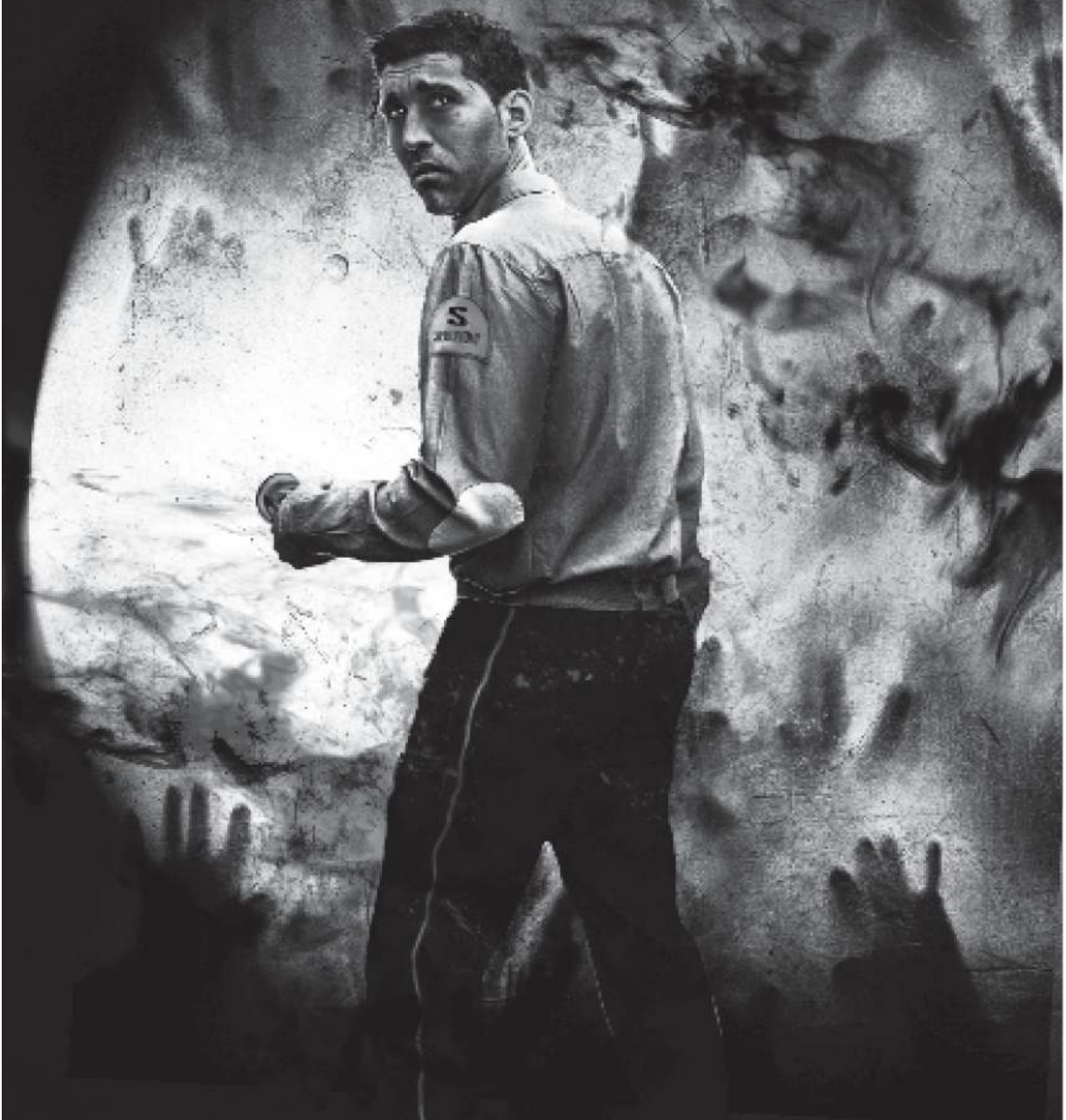


evolution
nowe.net

«Es inútil esconderse cuando la Muerte te pisa los talones»

ANTONIO S. VÁZQUEZ

LA ÚLTIMA RONDA



.nowevolution.
EDITORIAL

Título: **La última ronda.**
© 2015 **Antonio Sánchez Vázquez.**
© Diseño Gráfico: **Nouty.**
© Ilustración de portada: **Daniel Expósito.**
Director de colección: **JJ WeBeR.**
Corrección: **Sergio R. Alarte.**
Colección: **Volution.**

Primera Edición Noviembre 2015.
Derechos exclusivos de la edición
© nowevolution 2015.

ISBN: 978-84-945295-4-2
Edición digital Mayo 2016

Esta obra no podrá ser reproducida, ni total ni parcialmente en ningún medio o soporte, ya sea impreso o digital, sin la expresa notificación por escrito del editor. Todos los derechos reservados.

Más información:

www.nowevolution.net / **Web**
info@nowevolution.net / **Correo**
nowevolution.blogspot.com / **Blog**
[@nowevolution](https://twitter.com/nowevolution) / **Twitter**
[nowevolutioned](https://www.facebook.com/nowevolutioned) / **Facebook**
[nowevolution](https://plus.google.com/nowevolution) / **G+**

*Para Sara,
lo mejor que me ha pasado en la vida,
mi ilusión y mi alegría.
Sin ti estaría perdido, hija mía.*

LA ÚLTIMA OBSESIÓN

Introducción de Juan José Díaz Téllez

—¿Otra vez con ese tío? ¡Me prometiste que se había acabado! —gritó Carmen desde la puerta del cuarto de estudio que acababa de abrir de repente.

Por mucho que Curro intentó minimizar la pantalla del navegador, su giro de muñeca con el ratón no fue todo lo rápido que hubiese deseado. La cara sonriente de Antonio Sánchez Vázquez brilló durante unos instantes en la pantalla de Youtube que tenía abierta en el navegador, antes de minimizarla y sustituirla por la imagen de fondo del escritorio de Windows.

—Es que no puedo evitarlo —se defendió Curro—. Me encanta todo lo que hace este hombre... ¡No entiendo por qué te pones así! ¡Si ni siquiera has visto una de sus mundialmente famosas vídeo-reseñas! Los autores se dan guantazos por conseguir que reseñe alguno de sus títulos... ¡Las ventas se disparan con el solo rumor de que él vaya a dedicarle un par de minutos!

—¡Ya hemos hablado de esto mil veces antes! ¿Te dije algo cuando publicó *Los distintos* y no tenías otro tema de conversación? Noooo... ¡Aguanté tus interminables monólogos sin protestar lo más mínimo!

—Pero... —intentó meter baza Curro sin conseguirlo.

Carmen retomó el ataque dialéctico en apenas medio segundo.

—¡Y luego llegó *Zona catastrófica* y ya fue el acabose! ¡Teníamos zombis hasta en el cuarto de baño! ¿Te recuerdo cuántos ejemplares te compraste? ¿O cuando cogiste el avión y te plantaste en la puerta de su casa hasta que conseguiste que te dedicara el libro? ¡Una denuncia por acoso es lo que te llevaste! ¡Tuve que ir al cuartel a sacarte del calabozo! ¡Por Dios!

El tono de Carmen había subido hasta casi llegar a convertirse en una letanía ininteligible. Curro estaba acostumbrado a llevarse regañinas por su desmedida idolatría por aquel hombre, pero esta tenía toda la pinta de convertirse en *la madre de todas las broncas*.

—Pe... pero tú no lo entiendes, cariño... Hay rumores en los foros que apuntan a que está preparando un nuevo libro. Dicen que se va a llamar *La última ronda*.

—¡Y encima lo dices con toda la tranquilidad del mundo! Esto... ¡Esto ya es demasiado! —gritó, y cerró con un portazo que hizo retumbar las paredes.

El estrambótico cuadro cubista que presidía la pared principal de la habitación se descolgó y cayó con estrépito al suelo, dejando al descubierto el póster de Antonio que escondía en su reverso. Curro se apresuró a recogerlo y lo ocultó en uno de los cajones de la mesa sobre la que descansaba su ordenador portátil, el mismo que había provocado el inicio de la enésima discusión entre ambos.

—Se le pasará —susurró al cajón en el que se escondía la foto de su adorado ídolo—. Siempre se le pasa.

Como para subrayar lo equivocado de sus palabras, un nuevo portazo retumbó en la casa. Esta vez era la puerta de la calle. Curro salió disparado de la habitación para descubrir que Carmen se había ido. Recorrió en dos zancadas la distancia que lo separaba del cuarto en el que ambos dormían a diario. Este presentaba un aspecto desaliñado, con el armario abierto y los cajones vacíos, sin

el más mínimo vestigio de la ropa femenina que los había estado ocupando unos minutos antes. Sintiendo un indescriptible vacío en el estómago, recorrió el pasillo en sentido contrario y abrió la puerta de la calle de par en par. Ella ya no estaba allí y el ascensor estaba detenido, con toda seguridad, en la planta baja, donde ella había bajado para desaparecer de su vida.

—¡No! —gritó, y volvió a toda prisa al interior de su casa.

Se abalanzó hacia la ventana que daba al exterior, hacia la calle en la que desembocaba el portal del edificio, y casi descolgó los visillos al abrirla. Cuatro pisos más abajo, Carmen se alejaba con parsimonia, cargada con una gigantesca maleta en la que llevaba los restos de su vida en común.

—¡CARMEEEN! —gritó Curro con desesperación.

Ella se detuvo durante unos segundos, dubitativa. Por último, levantó la mano libre y, sin girarse, le dedicó un inequívoco gesto mostrando el dedo corazón. Luego siguió su camino, aumentando el ritmo de sus pasos.

Curro se dejó caer a los pies de la ventana y abrazó sus rodillas. Durante unos minutos lloró en silencio, sintiendo el roce de los visillos que le acariciaban el cuello, mecidos por el suave viento. Añoró el modo en que los labios de Carmen lo habían hecho antes, y entonces una fuerte determinación lo hizo levantarse y dirigirse de nuevo hacia el ordenador. Iba a conseguirlo, iba a hacer que ella se sintiera de nuevo orgullosa de él. Conseguiría aquel trabajo, lograría superar su adicción a los libros de Antonio y recuperaría su vida.

En la pantalla, la oferta de empleo para vigilante de los grandes almacenes apareció insinuándose. No se lo pensó dos veces y pulsó el botón para enviar su currículum.

Carmen iba a estar muy orgullosa de él.

NOTA DEL AUTOR

Esta historia está basada en un hecho real, acontecido en uno de los establecimientos de la franquicia de El Corte Inglés, en el año 2003.

En ningún momento se menciona a ninguna de las personas implicadas en el desagradable incidente que se retrata en la escena inicial de esta novela, y mucho menos el nombre de la víctima de aquel funesto día.

El relato solo toma como punto de partida la noticia publicada y difundida por la gran mayoría de medios de comunicación de la época. El resto es fruto de la dramatización que recrea el autor y, en consecuencia, cualquier parecido con personas o lugares reales es mera coincidencia.

HACE DIEZ AÑOS

11:06 a. m.

Limpiar unos grandes almacenes es una tarea en la que, por mucho tiempo que inviertas, es imposible que consigas tenerlo todo *como los chorros del oro*. Se trata de un trabajo desagradecido porque, mientras se limpia una zona, la que dejaste impoluta antes se ensuciará en cuanto le des la espalda. Sería el ejemplo más representativo de lo que se conoce como batalla perdida. La suciedad se expande, se reproduce y crece sin límite, con lo que rendirse no es una opción. Sobre todo, teniendo en cuenta que las facturas no se pagan solas, y que era su obligación como madre ganarse el sustento para poner pan todos los días sobre la mesa y poder alimentar así a sus hijos.

Charo y Arancha siempre coincidían en el mismo turno desde hacía ya más de dos años y habían establecido una muy buena amistad. Además de eso, formaban un equipo inmejorable. Eran las dos limpiadoras más veteranas y eficientes de la empresa, por lo que eran autónomas al cien por cien y no necesitaban supervisión. Trabajaban de una forma tan sincronizada que rayaba la perfección. Mientras una higienizaba los baños, la otra limpiaba las vitrinas; cuando una estaba sacando brillo a las oficinas, la otra hacía lo propio en los vestuarios.

—¿Qué tal tu tata?

Arancha estaba al corriente de que la hermana de Charo estaba pasando una mala racha. Ambas solían charlar mientras se cambiaban y a veces se reunían en la cafetería al terminar su jornada. Frente a una taza de café compartían sus penas y se daban consejos para afrontarlas antes de volver a sus casas. Aquellas reuniones eran toda la vida social que Charo podía permitirse, siendo como era una madre soltera a cargo de dos niños pequeños, y la ayudaban a sobrellevar con mayor entereza la visita de su hermana recién divorciada.

—Entre el niño y ella me van a volver loca, chica. Ella se pasa todo el día deprimida y apenas me ayuda con las tareas domésticas, y el niño es un terremoto y consigue que los míos se revolucionen aún más.

»Y es que no lo entiendo, Arancha; yo también me separé y no molesté a nadie, ya lo sabes. Salí adelante yo sola. Mi madre no paraba de insistir en que me fuese a vivir con ella, pero me negué. Como si no tuviese bastante con mi padre, la pobre, como para tirar del carro también con su hija separada y con dos criaturas. Pero mi hermana es de otra pasta. No sabe desenvolverse por sí misma.

Arancha asintió. Llevaba varios años trabajando a su lado y la admiraba precisamente por su entereza y su espíritu luchador. Charo era cinco años mayor que ella, pero mostraba día a día la misma o más vitalidad que la mayoría de chicas jóvenes que encontraban en aquel centro comercial el inicio de su vida laboral. Muchas de esas «niñas» iniciaban su primer día con la idea en la cabeza de que aquella era una tarea sencilla, sin embargo enseguida se daban de bruces contra la dura realidad, y pocas de ellas soportaban dejarse la piel durante tantas horas al día por un salario tan bajo. Además, de las que asumían el puesto y conseguían una renovación de contrato, ninguna era capaz de seguir el ritmo de aquella veterana limpiadora.

—A ver si hay suerte y le sale un novio. Creo que va a ser la única manera de que se vaya de tu casa.

—Con la depresión que tiene encima creo que va para largo. A este paso encontraré yo uno antes que ella.

Ambas festejaron el comentario con una risa aguda, más propia de unas quinceañeras en el patio de un instituto, al ver pasar frente a ellas al chico más popular de su clase, que de dos mujeres bien entradas en la treintena.

—Bueno, luego nos tomamos un café y te desahogas. Ahora será mejor que nos centremos en el trabajo, que se nos va el día. ¿Cómo nos repartimos hoy?

Charo le dio a Arancha una bayeta, dos trapos secos y un cubo con agua jabonosa que sacó del carrito en el que transportaban todo el material de limpieza y los dos contenedores de residuos en los que depositaban la basura.

—Hoy te toca a ti encargarte de los vidrios de las escaleras mecánicas.

—Uf. Tengo la espalda fatal, Charo. —Arancha se llevó una mano a los riñones y compuso una mueca de disculpa —. Sé que esto es lo que menos te gusta hacer, pero es que si me doblo por encima del pasamanos para limpiar los cristales, me pondré peor de esta maldita lumbalgia.

Charo le dedicó una mirada de recelo, pero también de preocupación. Una parte de ella la avisaba de que Arancha pretendía escaquearse y la otra se apiadaba de ella.

—El dolor de espalda lo tenías la semana pasada. Se suponía que ya te habías recuperado. —Arqueó una ceja y puso los brazos en jarras, a pesar de saber que acabaría transigiendo. Su buen corazón nunca la llevaba a decantarse por las opciones egoístas.

—Todavía estoy fatal, nena, créeme. Mi hijo es muy movido y me ha dado un fin de semana muy malo. Tenía *mamitis* aguda y no me ha dejado hacer reposo. Ya le he dicho a mi marido que este fin de semana lo deje en casa de mis suegros, a ver si así puedo recuperarme. De verdad que estoy fatal, Charo.

Al final no pudo resistirse. Era su mejor amiga, la creía y estaba dispuesta a encargarse de esa tarea por ella.